

## Diálogos con José Saramago

Colección de autores portugueses

Director: **Antonio Sáez Delgado**

Carlos Reis

Diálogos con José Saramago

TRADUCCIÓN DE SUSANA GIL LLINÁS



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



## LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Diálogos com José Saramago*

© Porto Editora, 2015

Diálogos con José Saramago  
Carlos Reis

Primera edición: abril de 2018

© Carlos Reis

© de la traducción del texto, Susana Gil Llinás

© de la cubierta, Raúl Areces

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2018

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

[info@laumbriaylasolana.es](mailto:info@laumbriaylasolana.es)

[www.laumbriaylasolana.es](http://www.laumbriaylasolana.es)

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la Colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-1-0

Depósito legal: M-14876-2018

Impresión: Arial Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# Índice

Nota Previa

9

Presentación

11

Introducción: El escritor en construcción

15

Diálogos

Diálogo I: Sobre la formación, aprendizaje  
y profesión del escritor

35

Diálogo II: Sobre la condición del escritor

53

Diálogo III: Sobre la Historia como experiencia

79

Diálogo IV: Sobre el escritor y el lenguaje de la Literatura

89

Diálogo V: Sobre géneros literarios

105

Diálogo VI: Sobre la narrativa y la novela

119

Diálogo VII: Sobre temas y valores, sentidos  
y destinos comunes

137

Diálogos Virtuales

149

*La estatua y la piedra* o la magia de las ficciones

157

## Nota previa

La aparición de este libro en español se produce poco después de la publicación de su segunda edición portuguesa, con fecha de 2015. Se lo debo a la generosidad y empeño de Antonio Sáez Delgado, compañero y amigo que muchos y buenos servicios ha prestado a la difusión de la cultura portuguesa en España. Como escribí en la nota previa de aquella reedición, han pasado casi 20 años desde que realizamos los diálogos que dieron lugar al volumen originalmente publicado en 1998, poco después de que el escritor recibiese el Premio Nobel de Literatura. Por su naturaleza, una obra de este tipo difícilmente puede ser objeto de reformulaciones o de ampliaciones. Por esa razón hay que tener presente que, en las palabras de José Saramago que pueden leerse aquí, en las ideas que expone y en los argumentos que aduce, inevitablemente retumban las huellas del tiempo y del espacio en que tales palabras, ideas y argumentos se enunciaron. Pero eso no impide decir lo siguiente: es siempre oportuno y pertinente revisar a un escritor que, como es sabido, tenía un pensamiento propio e ideas literarias en sintonía con ese pensamiento, y que hablaba y escribía con una franqueza y claridad que desagradaba a algunos, pero que para él era una forma inalienable de respiración intelectual.

Algo de todo eso es lo que podemos reencontrar aquí, en un registro que difiere de la entrevista convencional para periódicos y revistas. En casi todo lo que dice el escritor en estas páginas, sus lectores y estudiosos encontrarán materia y desafío abundante para establecer con él su propio diálogo. Un diálogo en el que participan, a su manera, las obras de José Saramago publicadas hasta 1998, pero en el que afloran ya algunas de las que el escritor publicó después.

Basta con prestar algo de atención a lo que Saramago nos dice para darnos cuenta de que es así.

Como quiera que sea y por los motivos mencionados, hemos optado por retomar los *Diálogos* en los términos en que se expresaron en 1997, a excepción de unos retoques mínimos en el texto y de algunos reajustes editoriales circunstanciales. Hemos mantenido el breve estudio introductorio «El escritor en construcción», tal vez aún susceptible de elucidar algunos aspectos significativos de la génesis del escritor; y se ha añadido, al final, un texto escrito con motivo de la publicación, en 2013, del ensayo de José Saramago *La estatua y la piedra*.

No puedo terminar sin recordar que este libro no habría sido posible sin la generosa disponibilidad de quien fue un gran escritor y un amigo inolvidable. Precisamente porque lo era, José Saramago nunca intentó condicionar los juicios de quien, como yo, siempre se acercó y se volvió a acercar a sus libros, con esa libertad total que es hermana de la independencia que reclama todo acto crítico digno de ese nombre.

Debo, finalmente, una palabra de agradecimiento a Susana Gil Llinás, que se ha encargado de la traducción de este libro. Gracias a su competente trabajo los *Diálogos con José Saramago* llegan a los lectores de un país (y de un idioma) en el que el gran novelista tenía y tiene incontables admiradores.

Carlos Reis

Coimbra, 22 de julio de 2017

## Presentación

A finales de enero del año 1997, durante tres días y a lo largo de cuatro sesiones de trabajo, con un total de alrededor de siete horas recogidas en seis casetes de audio, mantuve con el escritor José Saramago una intensa serie de diálogos. Mantuvimos esos diálogos en Lanzarote, en casa del escritor, en el escenario árido y al mismo tiempo fascinante de una isla poblada por trescientos volcanes extinguidos. Para que el resultado final fueran las páginas que siguen, contribuyó en gran medida la infinita paciencia y la consabida disponibilidad del escritor: ambas se subrayan y se agradecen aquí, así como la hospitalidad que, siendo virtud antigua de quien la concedió y también de Pilar, se hizo patente acariiciada por la sabiduría de vida que solo la isla proporciona.

Así es: Saramago se fue a vivir a un archipiélago y, dentro de él, a una isla con un encanto muy especial. De hecho, en Lanzarote continúa flagrante el recuerdo reciente de la agitada formación del planeta o, al menos, de algunas de sus partes. Los vestigios de lava y los volcanes (por ahora) exhaustos dan que pensar: por ejemplo, en la carga de energía turbulenta que el buen Dios desencadena en los días de ira en que decide (vete tú a saber por qué: sus designios son inescrutables) que las dimensiones de la tierra y los límites de los hombres que viven en ella precariamente han de ser



diferentes de como eran en la víspera. Algo parecido solo puede verse en otras islas, las Azores.

Saramago enseña *su* isla a los amigos (con orgullo, el escritor me revela que lo han hecho oficialmente ciudadano honorífico de Lanzarote) y no se cansa de llamar mi atención sobre la convulsiva belleza de un escenario que solo cuando se ve puede ser razonablemente apreciado, aunque difícilmente entendido (Saramago no usa ninguna explicación teológica, porque no cree en Dios). Así sucede con las montañas del parque de Timanfaya (iba a decir espectaculares, pero es poco), con el cráter del volcán El Cuervo, con las grutas de los Jameos del Agua, con el mar que rompe en los Hervideros e incluso con aquello que los hombres quieren modificar, intentando controlar la fuerza de la naturaleza: recuerdo las viñas enterradas en cuevas semicirculares y rodeadas por un muro que las protege del viento, o las extrañísimas higueras de las que solo se ven las ramas porque el tronco vive soterrado.

He hablado de sesiones de trabajo, porque de eso se trató; y me he referido a diálogos en un sentido que poco o nada tiene que ver con la conversación distendida que se produce espontáneamente, sin orientación previa ni propósito definido. No solo se trataba de registrar testimonios del escritor sobre su obra, como veremos después, sino, también, sobre diferentes aspectos de la creación literaria con los que esa obra dialoga forzosamente: desde la historia literaria del escritor (formación, profesiones, contactos, lecturas, fantasmas personales, etc.) hasta el lenguaje de la narración (motivaciones y elementos estructurantes, escritura y efectos); desde la condición del escritor en el contexto de la institución literaria hasta su reflexión problematizadora

sobre la Historia, sus mitos y sus mistificaciones; desde la cuestión de los géneros literarios hasta la relación con el canon y los sistemas ideológicos que se proyectan en la obra literaria. De todo esto y mucho más nacieron los diálogos que ahora el lector tiene entre sus manos.

Con ellos no se trata de agotar el pensamiento estético de un escritor que es, bien lo sabemos, un ejemplo vivo y activo de constante cuestionamiento y autocuestionación; tampoco se pretende estipular una lista de lecturas para el futuro, guiando al lector en un trayecto incierto por las obras del autor: si así fuese, estaríamos dando a la palabra de Saramago una dinámica normativa que no tiene, porque no quiere y porque no debe tenerla.

Como quiera que sea: incluso más allá de esa perversa tensión normativa, los *Diálogos con José Saramago* revelan, seguramente, algo de su pensamiento estético y su forma de estar en la vida, como escritor y también como ciudadano. Eso es lo que se ha retenido y (de paso) puesto a disposición de los lectores con diferente motivación: desde el lector normal de las novelas de Saramago hasta el estudioso de su obra, pasando por el profesor que trabaja con sus textos y el estudiante que (supuestamente) los lee.

Conviene explicar que los diálogos que a continuación se ofrecen han sido sometidos para esta publicación a unos arreglos mínimos que aconsejaban las circunstancias: no se ha anulado por completo el registro coloquial captado en la grabación, pero se ha retocado el texto para evitar repeticiones y (naturales) vacilaciones; no se ha reelaborado profundamente aquello que solo el propio autor podría reelaborar, pero se ha procedido a ordenar los materiales inicialmente propuestos a José Saramago. En resumen, estos diálogos reflejan, en esencia, lo que pasó, siempre que no

queramos incluir en ella las intervenciones sonoras de *Greta*, *Camões* y *Pepe*, tres simpáticos perros que presenciaron, entre desconfiados y aburridos, una larga conversación que (naturalmente) les interesaba poco.

Para no sobrecargar excesivamente el texto, he decidido reducir a poquísimas las notas explicativas: solo aparecen cuando entiendo que hacen aclaraciones realmente necesarias para explicar lo que, de otro modo, sería incomprendible.

Una observación final. Los *Diálogos con José Saramago* son más del escritor que míos; la forma como fui haciendo las preguntas no expresa, sin embargo, una pura y neutra indagación. Si he usado el título de *diálogos* ha sido porque he intentado verter en el cuestionario una (aun así discreta) actitud de interpelación, a veces hasta de interlocución argumentativa, en busca no de alguna verdad que siempre se nos escapa, sino, por lo menos, de la aclaración de problemas que me parecen significativos: para el escritor, para sus lectores y para el conocimiento del fenómeno literario en general. De cualquier forma, repito, lo que aquí aparece es, al menos, un esbozo de poética: la que, incluso difusamente, rige las prácticas literarias, culturales e ideológicas de un escritor llamado José Saramago. Ese que ahora es Premio Nobel de Literatura pero que, para el autor de estas líneas, ya lo era antes de que la Academia Sueca le concediera el galardón.

## Introducción

### El escritor en construcción

1. Uno de los conceptos más fecundos y complejos de la fenomenología de la literatura es el de la vida de la obra. Ese concepto implica que las obras literarias poseen una existencia propia, más allá de la voluntad y control de los escritores; que esa existencia depende, en gran parte, de las lecturas (de las concretizaciones) a las que es sometida; que la notoriedad (y también la posterioridad) de los escritores está fuertemente condicionada por la vida de la obra; y también que la relación de los escritores con sus obras es muy sensible a los modos en que esas obras van viviendo su vida, con las venturas y desventuras que les afectan. De forma aún más radical: una vez publicada, una obra literaria adquiere, con respecto a su creador, una autonomía y una libertad de movimientos tales que bien puede decirse que, desde un punto de vista cultural, deja de pertenecerle, para pasar a ser patrimonio de la comunidad en la que se integra. Una comunidad hecha de lectores y de instituciones literarias y paraliterarias.

José Saramago publicó su primera novela en 1947, destinada a tener una vida corta y prácticamente sin memoria. La dejó, de hecho, en el olvido durante muchos años, negán-

dose a hacer lo que otros, con más o menos dificultad y drama íntimo, hicieron: volver al texto, rehacerlo, republicarlo y presentarlo de nuevo al mundo para que viviera una vida nueva. Muchos otros lo habían hecho antes: Eça, el primero, con *El crimen del Padre Amaro*, escrito en tres versiones en un periodo de tiempo de menos diez años; Carlos de Oliveira con casi todas sus novelas (no con todas, porque la promesa de refundir *Alcateia* no la cumplió). Otros, al contrario, entienden que la vida de la obra está determinada para siempre por un texto que no tiene que ser alterado. Un ejemplo que se me ocurre: Vergílio Ferreira y su *Vagão J*, objeto de larga (y hábil) reflexión a este respecto en el prólogo que precede a la edición de 1976.

Después de *Tierra de pecado*, tendrán que pasar treinta años hasta que Saramago vuelva a publicar una novela: *Manual de pintura y caligrafía*. La verdad es que no son muy frecuentes los casos de escritores que abren un espacio temporal tan amplio entre título y título (esto sin contar con otro texto de Saramago, *Claraboya*, que, al no haber sido publicado, no llegó a ser «obra»; por eso solo tuvo vida autónoma después de publicado, ya de forma póstuma).

Lo que apetece preguntar es: ¿y qué estuvo haciendo el novelista antes de serlo? Muchas y diferentes cosas, reveladas en su biografía: trabajó en editoriales, escribió para periódicos, hizo traducciones, compuso poesía. Solo después de treinta años irrumpió (el término no es excesivo) en la novela con el fulgor que es conocido. Y, sin embargo, la novela de Saramago, sobre todo desde *Levantado del suelo*, tiene poco o nada que ver con *Tierra de pecado*.